

*Transfiguración*

Lynn Mackey, B.A.

University of Central Florida

La neblina subía suavemente por la acera cuando la mujer llegó al parque, así como hacía todos los sábados. Acababa de llover y la combinación del vaho en el aire y el calor opresivo hipnotizaba. Aquel día, ella llegó temprano. Depositó su bolsa y comenzó a pasearse por el parque. Mientras andaba, el sol continuaba subiendo y los animales en sus jaulas comenzaban a despertarse. El aire estaba pesado y el calor era agobiante. De repente, ella sintió que algo se encontraba diferente. Cuando pasó por la jaula grande del gato, se dio cuenta que el joven, con el pelo negro como ónice, que siempre se sentaba solo con su bloc de dibujos y lápices, no estaba allí. Ella recordó en su mente, ¿dónde estará su madre y dónde vivirá?

A ella le gustaba observarlo dibujar - sus brazos curvándose hacia arriba y hacia abajo cuando sus manos se movían dulcemente por todo su bosquejo. De vez en cuando, miraría hacia arriba y después hacia abajo, sus ojos misteriosos y oscuros se enfocaban en su trabajo. Entonces, dejaría su lápiz y comenzaría a mover la mano sobre las líneas impregnadas del lápiz como si estuviera rascando o tocando con la pata la imagen. Trabajaba metódica y silenciosamente y ella siempre podía oírlo respirar...un sonido un tanto áspero....casi como si estuviera ronroneando.

Aquel día, así como el vapor continuaba ascendiendo, la mujer notó que la gata grande y negra, que normalmente se paseaba de un lado a otro, estaba sentada en el rincón de la jaula, ronroneando fuertemente y contenta. La mujer se aproximó a la jaula y cuando se acercó a la serena y sedosa gata, algo casi humano apareció en los ojos ámbar e intensos de la felina.

En una ocasión, cuando el chico estaba dibujando, sus brazos volando sobre el cuaderno, con movimientos ágiles pero exactos, ella se le acercó. Ella nunca había visto lo que dibujaba. Sospechó que podría ser uno de los animales del parque. Estuvo de pie junto al niño. Inmediatamente, sin levantar la vista, el niño se apartó lentamente de ella y continuó con su obra. Girando su cuerpo, paulatinamente y a propósito, él ladeó la cabeza y la miró por el rabillo del ojo. Aquella mirada fija, tan intensa y tan enfocada, la obligó a alejarse.

Después de pensar unos minutos sobre lo ocurrido, ella estuvo segura que esa gata, que se sentaba en ese momento en el rincón de la jaula, era la misma gata que se había escapado hacía diez años y la que no había regresado al sitio por casi diez meses. Ella había leído un artículo acerca de esa misma gata en el diario de Cádiz y cómo la gata se había esfumado, simplemente desapareciendo sin dejar rastro. Repetidas veces, los guardias del parque trataban de poner otros animales en aquella misma jaula pero, cuando abrían la puerta, los animales se asustaban y no entraban. Entonces, un día, por razones inexplicables, la gata misteriosamente regresó y se arrellanó en el rincón de la jaula.

Ahora, el calor era intolerable y su sudor le goteaba por la frente descendiendo hacia los ojos. Paró y pensó un momento. El niño no había llegado todavía...el muchacho, con los ojos más oscuros que su pelo, no había llegado. De pronto, la gata se levantó lentamente. La mujer no podía creer lo que veía. Por eso, ella se acercó a la jaula. Justo cuando el gatito se alejó de su madre, la mujer se fijó en el bloc de dibujos en el suelo. Allí en el bloc del niño había un dibujo de una gata grande y negra, que se sentaba majestuosamente en el rincón junto a su gatito con la palabra, "madre," garabateada debajo de la imagen.